

A Favor de la Doctrina – En Amor

Por Voyle A. Glover, Esq.

Algunos Cristianos, bajo la rúbrica del “amor,” se rehusarán a tomar una posición en contra de algún otro hombre o grupo que pronuncie el nombre de Cristo. ¿Es correcta esa posición? ¿Debiésemos, para evitar la contienda, dejar de disputar con aquellos que están equivocados en cuanto a doctrina? ¿Deberíamos “dejarlo en las manos de Dios” o “nada más orar” sobre esto? ¿O debiésemos tomar una posición delante de todos y declarar que alguien es un hereje, o declarar que esa persona está en error y luego exponer exactamente porqué? ¿Debiésemos hacer escuchar la verdad y nuestras denuncias de herejía? ¿O deberíamos presentar defensa silenciosamente, proclamando la verdad, enseñando la verdadera doctrina, no contenciosamente, sino con un espíritu silencioso y humilde? Acompañeme mientras exploro el asunto pues es más importante de lo que usted se imagina.

Lutero era un sacerdote Católico en los años 1500's. Era un hombre muy inteligente, a decir de todos, y tenía una posición del más alto nivel en la Universidad de Wittenberg como Profesor de Teología. Durante los años 1512-18 impartió conferencias diariamente sobre los Salmos, Romanos, Gálatas, Hebreos y Tito. Eventualmente, se le puso a cargo de once monasterios en 1515 y el mismo año asumió el púlpito de la Iglesia de la Ciudad en Wittenberg. Y luego presentó allí una diferencia de opinión sobre un asunto de doctrina. El asunto versaba sobre las “indulgencias.”

Ahora, a primera vista, no parecía ser un asunto de doctrina. Después de todo, es solamente una palabra y un sistema o mecanismo para recaudar dinero para la iglesia. O así pensaban todos. Y Lutero no tenía idea que el Papa era quien se encontraba detrás de la treta. Las indulgencias funcionaban más o menos así: Una persona que había pecado, o que tenía un ser amado que había pecado, vivo o muerto, podía hacer que esas personas fuesen perdonadas por el pago del precio respectivo al sacerdote local. Realmente era así de simple. Pero en el corazón de aquella simple palabra, de aquella treta para recaudar dinero para el Papa y sus aliados políticos, se encontraba una doctrina. Es una doctrina llamada salvación. Las indulgencias trascienden el sacrificio de Cristo pues si uno puede, por el mero pago de dinero, hacer que el pecado sea perdonado, entonces, lógicamente, no había necesidad de Cristo y, claro, los ricos serían capaces de comprar su camino al cielo. Lutero afirmó su posición en contra de las indulgencias, sin darse cuenta al principio, que también estaba oponiéndose al mismo Papa. Como resultado de su posición muchos llegaron a colocarse a su alrededor quienes protestaban contra la doctrina Católica de las indulgencias. En lo general llegaron a ser conocidos como “Protestantes.”

¿Qué si Lutero no hubiese asumido esa posición? ¿Qué si no hubiese clavado sus 95 tesis (tópicos de debate) desafiando la falsa doctrina? Ahora, ninguno de estos errores se produjo repentinamente. Las indulgencias no brotaron de pronto. La decadencia del Cristianismo se produjo poco a poco, mayormente después que adquirió protección y se convirtiera en una fuerza política en el mundo. Se hicieron alianzas que fueron ventajosas para el Cristianismo, pero también fueron motivo de corrupción. Un serio deterioro de la doctrina de la iglesia medieval sucede, aproximadamente, desde el 1305 a 1517, aunque la

corrupción había comenzado mucho antes. A medida que el Cristianismo buscaba la protección de las alianzas políticas con reyes poderosos, perdió mucho de su lealtad para con Dios. Y la corrupción de los hombres que formulan las leyes se abrió camino hacia la estructura doctrinal del Cristianismo.

La historia Cristiana está llena de levantamientos de alguna persona o grupo que intentó dirigir a los Cristianos hacia una posición doctrinal que es bíblicamente infundada. La Biblia nos dice de tales intentos solo unos pocos años después de la muerte de Jesús en el libro de los Hechos, comenzando en el capítulo 15. Ciertos hombres de Judea vinieron y dijeron que, a menos que uno se bautizase a la manera de Moisés, uno no podía ser salvo. En otras palabras, sustituyeron la salvación que es solo por la fe por una formalidad, un ritual. Hubo una gran disputa, tanto que Pablo y Silas fueron a Jerusalén para discutir el asunto. Tan pronto como llegaron a Jerusalén se levantaron ciertos creyentes que habían sido parte de la secta de los Fariseos y quienes declaraban que la salvación debía ser acompañada de la circuncisión y que también debía observarse la ley de Moisés. Así que ahora, fueron desde hacerse bautizar hasta obtener la salvación, pero además, uno debía ser circuncidado y uno debía, a partir de entonces, seguir la ley de Moisés. ¿Sorprende que cientos de años más tarde, encontremos a Cristianos corrompidos con normas y regulaciones y la salvación convertida en un producto de compra-venta llamada “indulgencias?”

Pedro y Pablo, y otros apóstoles, fueron capaces de contener este intento de modificación de la doctrina. Lo hicieron al presentarse ante los otros y exponiendo las verdades que habían recibido. Pedro narró como la salvación había venido a los Gentiles por su propia boca a través de la fe, de la misma manera que había llegado a los Judíos. Y Pablo y Silas se pusieron de pie y narraron de los milagros realizados por el Señor por medio de ellos y luego Santiago se levantó y habló y les amonestó diciéndoles que los Gentiles que habían sido salvos fueron escogidos por Dios para salvación. Citó la Escritura para respaldar su argumento, luego lo finalizó con una petición a los hermanos de que escribieran cartas a estos Gentiles, instándoles, entre otras cosas, a seguir algunas cosas de la ley de Moisés, particularmente en lo concerniente a abstenerse de fornicación y de los ídolos y de comer carne de animal ahogado y de comer sangre.

Dios miró apropiado comenzar a levantar hombres para que tomaran una posición en contra del error en los días del principio del Cristianismo. Uno de los primeros defensores de la fe y de la doctrina fue Tertuliano, de Cartago, al Norte de África (algunos dicen que era un abogado). Tristemente, esta mismo apologista cayó en el error, siguiendo más tarde lo que llegó a conocerse como Montanismo. Este comenzó con un hombre llamado Montano quien buscaba hacer volver a los Cristianos a su primer fervor y énfasis espiritual, una meta noble y digna. Sin embargo, como parte de sus esfuerzos, los Montanistas creían que había llegado una nueva era de profecía, que las revelaciones seguían abundando, incluyendo las revelaciones directas de Dios. El martirio era una meta que debía buscarse y se decía que tenía poder para expiar el pecado. Siguiéndoles los talones a los Montanistas llegaron otras herejías y herejes, cada uno proclamando orgullosamente su propio entendimiento especial de “la verdad” y del “camino verdadero.” Cada uno hizo que muchos les siguieran hacia el error. Y cada uno de ellos fue confrontado con sus errores por aquellos que Dios había levantado para impedir que las iglesias Cristianas les siguieran hacia el error.

Es imposible leer la historia del Cristianismo sin ver los impactos hechos sobre él por aquellos que buscaron modificar las verdades fundamentales del evangelio. Además, al leer la historia del Cristianismo, se hace rápidamente claro que no hay una sola herejía que no haya sido proclamada en uno u otro momento. No hay nuevos errores, solo las mismas viejas herejías empaquetadas en envoltorios diferentes y proclamadas por un nuevo grupo de herejes. Y como aquellos de antes, pronto se disiparon, pero no antes de arrastrar a muchos junto con ellos al error. Lamentablemente, aunque los herejes se convirtieron en polvo, sus errores permanecen y los monumentos que erigieron a sus errores a menudo les sobreviven.

De manera que, ¿qué hace el Cristiano respecto del error doctrinal? ¿Cuál es el enfoque correcto? Bueno, históricamente, el enfoque ha sido presentar un argumento bien razonado contra el error. En resumen, debe ser formulada la verdad como oposición, o sino el error tomará el campo. Hay conflicto en la totalidad de la vida. Nacemos para ello. Puede que lo odiamos. Puede que lo resistamos. Puede que busquemos evitarlo. Pero el conflicto es nuestro destino porque si no resistimos a los hombres perversos, entonces los perversos se abrirán el paso y las ideas perversas pronto nos rodearán. No podemos permanecer ociosos contra el mal ni podemos guardar silencio frente al error doctrinal, allí donde ese error es de un tipo que probablemente afectará al evangelio, y particularmente si va a depreciar en lo más mínimo, la doctrina de la suficiencia de la gracia salvadora del Salvador.

Pero, ¿cómo tomamos nuestra posición? No todos somos tan articulados como Lutero. No todos somos teólogos. Pero todos conocemos (o deberíamos) el simple evangelio. Y si algún hombre o mujer busca convertir ese evangelio en otro evangelio, no debiésemos desearle al tal una buena fortuna, ni hemos de darle a nadie la idea de que apoyamos su error. Así que lo menos que podemos hacer es evitarles. De modo que, no los vemos ni los escuchamos exponiendo sus errores en la televisión. No los apoyamos financieramente comprando sus libros. No compramos sus cintas de audio, álbumes u otras mercancías, no sea que los ayudemos a esparcir su error.

Sin embargo, no hay ningún lugar en las Escrituras que nos enseñe que hemos de ser hirientes, poco afectuosos o groseros en nuestro trato con tales personas. De hecho, se nos enseña exactamente lo contrario. (Santiago 3:8-12) *“pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. ⁹Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. ¹⁰De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¹¹¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? ¹²Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce.”* Nótese aquí que no hemos de maldecir a los hombres. Esa palabra “maldecir” no es meramente el exclamar palabras profanas contra otro, sino que incluye lo que se conoce como “recriminación” a otro, es decir, la denuncia amarga y vehemente. Se nos dice, en esencia que no podemos ser de dos caras. Santiago continúa: (Sant. 3:13-18) *“¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. ¹⁴Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; ¹⁵porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica.*

¹⁶Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. ¹⁷Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. ¹⁸Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz.” Aquellos que conocen el evangelio han de mostrar una vida de buenas obras y una docilidad de sabiduría. En otras palabras, no debiese haber arrogancia en nuestro entendimiento del evangelio ni en nuestra proclamación de su verdad, como si fuésemos algún tipo de recipientes especiales de esta verdad. Esta verdad es común a todos los verdaderos creyentes. Si nos llegan los conflictos con celos y contención, se nos dice que estamos en el lugar donde hay confusión y toda obra perversa. Eso quiere decir que somos parte de una obra perversa. Y nótese finalmente que hay una rogativa por la paz. Pero como todos sabemos, la paz a cualquier precio no es paz sino esclavitud. Así que, aunque las Escrituras nos amonestan a vivir en paz con todos los hombres, en la medida de lo posible, no hay declaración de que la paz sea un absoluto. Es una meta deseada. Es algo que debemos buscar y recomendar. Pero no al precio de nuestra libertad en Cristo ni al precio de rendir nuestras verdades en el altar de la herejía.

Así que, de regreso a la pregunta: ¿Qué hace un Cristiano con respecto al error doctrinal propuesto? Suponga, por ejemplo, ¿y qué si viene de su pastor? ¿Qué hace usted? ¿Debiese usted dejar la iglesia? ¿Debiese usted confrontarle? ¿Debiese traer el asunto a los diáconos? Bueno, independientemente de si es el pastor o un laico quién está formulando el error, si el error es significativo, es decir, si el error hace impacto en una de las más importantes doctrinas de la Biblia, particularmente la salvación, entonces el primer paso es simplemente confrontar a la persona silenciosamente, uno a uno. O, si es usted un alma tímida, llamar la atención de un diácono o del pastor o de alguien en una posición de más responsabilidad. Después de eso, ore sobre el asunto pues ahora es un asunto sobre el que han de decidir los líderes. Deben, incluso como lo hicieron en la iglesia primitiva, i.e., debatir el asunto y decidir qué curso de acción tomar y cuál es la verdad. Eso no es algo que usted es responsable de hacer. El liderazgo tiene una responsabilidad delante de Dios de hacer lo que es necesario, lo que es justo. El peso descansa sobre sus cabezas por la violación de su responsabilidad. Dios toma esa responsabilidad muy seriamente.

El Sumo Sacerdote tenía un procedimiento muy preciso que debía seguir. Él no podía modificar ese curso de conducta. Si lo hacía, moría. Dios usó unos 40 capítulos para establecer las responsabilidades y obligaciones del sacerdote y la edificación del tabernáculo. Él no dijo, “Bueno, haz un rectángulo de más o menos unos 50 pies y ponle algunas capas que le sirvan como cubierta.” Si lee esa sección de las Escrituras usted mirará instrucciones precisas. Dios sabía exactamente qué era lo que quería. Al hablar de responsabilidad Jesús habló sobre poner la mano en el arado y ver hacia atrás. Las escrituras hablan de hacer un voto y no cumplir. Se nos dice que cualquier cosa que nuestras manos tengan a bien hacer que lo hagamos con todas nuestras fuerzas. La diligencia se enseña en la Biblia. De manera que, aquellos que tienen la responsabilidad de dirigir, tienen esa responsabilidad para con usted y para con Dios. Si te fallan a ti, le fallan a Dios. Si son descuidados en su responsabilidad, han rehuido las amonestaciones de Dios. Han hecho como hizo Saúl cuando buscó desempeñar las obligaciones de un sacerdote.

Ahora, suponga que el liderazgo no hace nada. ¿Entonces qué? Bueno, hay varios recursos. Primero, puede ser que usted deje esa iglesia y encuentre otra. O, puede ser que usted sea

necesario en esa iglesia y aún cuando haya error de una seria naturaleza, su presencia es requerida allí por el Señor. En otras palabras, usted puede ser la “sal” que Dios ha colocado en la iglesia. ¿Debiese usted clamar contra aquellos que proponen el error? No. Si es usted un maestro, enseñe la verdad, aún si es contradictoria a aquellos en autoridad.

Eventualmente esto le puede llegar a costar su empleo. Pero ése no es su asunto, sino de Dios. Si no es usted un maestro, aún tiene la oportunidad de enseñar la verdad. A todos se nos manda a “*exhortarnos unos a otros.*” Usted descubrirá ocasiones en las que puede exhortar a los demás miembros y pasarles la verdad. ¿Debiese usted ser un contencioso por su posición? No. “*Ciertamente la soberbia concebirá contienda; mas con los avisados está la sabiduría.*” (Proverbios 13:10). Debiese usted presentar su verdad con humildad, no orgullosamente, pues una vez que es presentada y rechazada no hay obligación de su parte de que continúe confrontándoles con su error. Pero tiene usted la obligación de seguir confrontándolos, a ellos y a cualquier otro que le escuche, con la verdad.

Y aquí yace la raíz de todos nuestros problemas al confrontar el error en nuestras iglesias. La Biblia enseña que se hable la verdad “*en amor*” (Efe. 4:15). Se nos amonesta “*con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.*” (Efesios 4:2-3). Esa imagen no va en armonía con el individuo que se yergue con el rostro endurecido, la mandíbula hacia adelante, proclamando en alta voz y de manera orgullosa la verdad. Como puede, a menudo tomamos una posición y hablamos la verdad, pero no siempre hablamos la verdad en amor. Y allí yace la dificultad. Las posiciones divisivas y orgullosas inevitablemente producirán la guerra, no la paz. Pero no cometa el error de confundir la posición de uno que proclama la verdad en amor como un intento débil y poco convincente de “tomar una posición por Dios y la verdad.” Uno puede hablar con audacia, en amor. Y uno puede hablar con ira, en amor. Jesús ciertamente estaba enojado con los cambistas. Y las palabras que Jesús habló fueron agudas. De manera que, no confunda hablar la verdad en amor con alguien que está siempre callado. Puede ser así, pero puede venir uno que habla en alta voz y que habla en amor. Pero si habla arrogantemente, nunca es en amor. Nunca. Y el lenguaje de alguien que es contencioso es muy diferente de alguien que proclama la verdad. La persona contenciosa puede hablar la verdad pero no en amor, sino en orgullo.

Unos pensamientos finales. La doctrina es importante. El error es un cáncer, algo maligno. El error en la doctrina ha condenado a millones al infierno porque fueron por la vida confiando en una doctrina de invención humana, una doctrina de la verdad modificada por los hombres, en lugar de la verdad entregada una vez a los santos por Dios. De manera que es un mal que ha de ser resistido. Es un mal que ha de ser confrontado. Es un mal que ha de ser condenado. Es un mal que ha de ser expuesto. He aquí un pensamiento final, algo que Dios ha usado conmigo. Realmente funciona. Piense en la persona que está presentando el error, quien está equivocada delante de Dios. Ahora coloque sobre los hombros de ese hombre la cabeza de su hijo o de su padre, o de alguien que ame en verdad, quizá un hermano de sangre. He aquí la pregunta clave que usted debe hacerse: ¿SERÍAN SUS ACCIONES, SUS PALABRAS Y SU POSICIÓN, ALGO DIFERENTES? ¿Se suavizaría el tono de su voz? ¿Serían sus señalamientos más amables, más gentiles? ¿Se comportaría de manera diferente? Su amor por su hijo, por su padre o por su hermano sin duda haría que sus palabras y sus acciones se suavizaran. Pero, mientras haga eso, su relación no debiese

hacer nunca que usted traicione o modifique su posición en contra del error. Como le dije una vez a un hombre contra quien tomé una posición respecto a un asunto: “Para asegurarme que mi posición fue en amor, puse la cabeza de mi hijo sobre tus hombros y fue su rostro el que vi cuando tomé mi posición. Puedo decir sinceramente que tú eras mi propio hijo, a quien le he hecho y dicho exactamente lo que dije. De hecho, si fueses mi hijo, probablemente hubiese ido un paso más adelante en el sentido que te hubiese tomado aparte y hubiese sido mucho más directo contigo.” Como puede ver, la lealtad a la propia sangre de uno, o a un amigo, nunca ha de sustituir la lealtad para con Dios. Como les he dicho a mis hijos a través de los años: “Si Papá alguna vez va por mal camino, vosotros estad a favor de Dios aún si eso significa que tenéis que estar en mi contra. No tienen opción. Estad a favor de Dios. Les digo esto ahora porque si me extravió de Dios voy a querer su lealtad por encima de la de Dios.” Finalmente, nunca es equivocado decirle a alguien que el diablo es un mentiroso. De modo que, se deduce que si alguien está proponiendo una doctrina de demonios, es decir, la persona está enseñando como verdad una mentira de Satanás, entonces no puede ser equivocado decirle al oyendo o al potencial oyente que el orador está enseñando una mentira y seguir su mentira es seguir el ejemplo de Satanás. Eso es simple sentido común. Pero es ese pequeño trozo del mandamiento de hacerlo “en amor” lo que es la clave.